

# “Vale un Potosí” de Botelho Gosálvez

Una introducción especial a su propósito narratorio pone Botelho Gosálvez como prefacio: *“Este año 1601, nuevo siglo de Potosí entraron sus moradores gozando de gran riqueza; pero les fue muy infeliz por las lastimosas muertes...”* (B. Martínez y Vela). Señala con ella el curso de un relato pasional que se encuentra en su obra “Vale un Potosí”.

El estilo y la estructura verbal con un ordenamiento estrictamente horizontal son los más convenientes para vislumbrar que la sucesión de los hechos, en muchos años, obedecen a una unidad elegida por el destino. En las primeras páginas se revela ya la inconfundible marca de un narrador de oficio, pues una fogata y alrededor “hombres ceñudos con una mudez de estatuas” sirve para describir el carácter heterogéneo de aquellos que por raza pueden ser tildados de uno solo. Se empieza a descubrir a los aventureros de Indias, y se puede decir que la biografía múltiple será la repetida, la conocida. Son los ánimos de quienes no teniendo nada salen a buscar todo y a contentarse con sueños. Los que no saben que puede haber decadencia de grupo o infortunio personal. Son los malaventurados que no se vencen, porque están acostumbrados a su soberbia no descubierta en la piel fatigada por la exploración de un mundo nuevo y hostil. Habiendo cruzado numerosos horizontes, el destino de los iberos se encuadra en el espacio reducido que alcanza su tizona por los cuatro lados, porque se declaran rechazados por los bosques y repudiados por el Gran Paititi. El capitán, delante de ellos, “con ambas manos sobre el puño de su espada” es la promesa de oro en otro punto cardinal. Nadie puede objetar ante el aspecto unipersonal del superhombre. Aparece don Alfonso de Castro en toda su impresionante masculinidad.

Como en los capítulos siguientes no es solamente la armadura negra del caballero, sino sus rasgos serios pero confiables, los que dirigen la convivencia obligada de los españoles, que se trasladan al Cuzco, donde también le hacen el quite a la suerte mientras se mantienen temerosos del Rey, pero no obligados a guardar respetos ni a perdonar vidas. Los pasajes narrados son rápidos pero con eficacia explicativa. Hablan y se conducen a la usanza antigua. Advenedizos en ese pueblo, pero entre sus paisanos ganándose el partido que les da fama y dinero. Se hacen héroes de jornadas pasajeras, capturando a asaltantes indígenas, a los que ajustician sin que se arrebaten sus conciencias. Actúan arrogantes hasta lo indecible, y no obstante el lector es conquistado por los personajes.

El capitán don Alfonso, alucinado por la leyenda del Potosí, se muda a aquellas montañas “para conquistar y dominar por los cabellos a la mala hembra de la fortuna”. A su llegada, en la primera posada que encuentra, aparte de comidas y bebidas, disfruta de un aposento principesco, con un lecho con cortinajes de brocato, colcha lusitana, bargueño con ornamentos de marfil y concha, y tapices, colgando de las paredes; y por otra parte, de una gaditana joven y de grandes ojos moriscos, que constituye la primera conquista. No podría quejarse de tal suerte inicial.

El realismo pintoresco que se va desarrollando da lugar a develar las trasgresiones coloniales, aquellas que en la falsa unidad de la colonia recauda desavenencias por la vía de la envidia. La invasión al continente juntó a distintas regiones ibéricas pero sus características las obligaron a enfrentarse. Don Alfonso no se abstrae en sus peculiaridades, y logra aproximarse a una familia de las más acaudaladas. El deseo del dinero no lo lleva a trabajar en las minas, sino a gozar de relaciones sociales.

El autor hasta entonces ha narrado el paisaje y el hombre con sobriedad, y aun cuando la trama que sigue es estructuralmente sencilla, sin embutirse en la complejidad de los personajes, se halla que los trasladados por la suerte provienen de un disminuido sedimento social. La familia del Marqués de

Sanmillán, de la cual la hija doña María Cristina es la bella del cuento, ha sufrido el asesinato de un hijo. Se encuentra que hay dos mundos en la villa: el altisonante creado por el colonaje, y el breve de los barrios, las regiones, los orígenes, que se odian entre sí. Tal vez la angurria galopante que los trajo a lo inhóspito de las montañas sirvió para que se perviertan y destruyan. Era una villa enteramente fascinante hasta que se insertó la violencia. Los vicuñas y los vascongados son los dos bandos enemigos. Las familias protagonistas tienden un odio monumental preparando la escena de las víctimas y victimarios. Unos y otros desempeñan sus papeles por una sugestión familiar. Don Alfonso ingresa en los designios del clan por defender casualmente al hijo menor de una emboscada nocturna, y así se acerca a doña María Cristina que se enamora del foráneo varonil. Él, que hace un culto de la caballerosidad interviene en un lance en que del juego de la sortija, llegan al duelo con lanzas y espadas. La virtud y los defectos aparecen contemplándose cuando don Alfonso perdona la vida del otro. A partir del suceso la debilidad moral se afirma en el otro bando y la peripecia fatal se precipita cuando el vencido busca la venganza en un entrevero alevoso. El compromiso sentimental del personaje rubrica la aventura desgraciada.

Todo lo cual sirve para que el autor extienda los grados pasionales de ella y el aventurero; retraída ella, efervescente aquél. Aparece en sus relaciones la magia verbal, como un brillo dignificante del idioma, pues a honra de la mujer y el respeto del capitán son desafíos para usar la retórica, que leemos amena y luminosa. Para el capitán, acostumbrado a las lides amorosas, la conversación no resulta un reto sintáctico. Raúl Botelho, sin embargo, no insiste en ampliar los aislados contactos entre la Señora y de Castro pues quiere llegar al suceso fatal del final. Material y situaciones ha tenido para magnificar el hecho, pero dentro de una dimensión natural el lector aprecia el carácter español, que en sí es una existencia repetida, la del osado que, acostumbrado a su soberbia, abre su orgullo con ditirambos francos, como si dominara la suerte a voluntad.

De algún modo, el epílogo estructura lo inesperado del cuento, que comenzó con un musculoso ejemplar masculino para acabar en una altivez femenina claudicante, que hizo controlar su pasión y frenar sus gestos cuando la vida le pedía su exteriorización. La actitud final de doña María Cristina es un desenlace rutinario de la timidez.

**ALFONSO GAMARRA DURANA**  
Miembro de la U.N.P.E.  
Filial Oruro.



**el duende**

**SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA**

DIRECTOR: Luis Urqueta Mollada  
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez  
Edwin Guzmán Ortiz  
Benjamín Chávez Camacho  
Erasmus Zazueta C.

COORDINACION: Julla Guadalupe García Ortega.

**Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816**

**Zona Franca Oruro, con nuestra cultura**

C  
R  
I  
T  
I  
C  
A